

LUIS ARAQUISTAIN

El discurso de Besteiro o el marxismo en la Academia

El ingreso de Julian Besteiro a la Academia de Ciencias Morales y Políticas en el mismo momento en que centenares de obreros socialistas esperaban el fallo de los tribunales de la reacción española, y en que los cadáveres de mucho otros —masacrados por el tercio extranjero— empezaban recién a fecundar el suelo sojuzgado, el ingreso de Julian Besteiro a la Academia —clima de etiqueta, tono palaciego— no podía suscitar la simpatía del proletariado argentino.

Contuvimos el gesto, para no prejuizar y esperamos que se aclararan las noticias. La prensa burguesa abundó los detalles y destacó la importancia de la ceremonia, y el discurso que acogió al nuevo contertulio descontando su separación de los "insensatos" que acababan de convulsionar a España. Mientras tanto los hijos de los mineros en Oviedo, concurrían a la escuela con los ojos enrojecidos y el puño en alto: reafirmación de lucha socialista.

Hoy ofrecemos a nuestros lectores, la primera parte de la contestación que el camarada Luis Araquistain ha publicado en la revista que dirige, y que traduce con toda la autoridad de su prestigio, lo que nosotros concretamos instintivamente en aquel gesto contenido.

NOTA DE REDACCION.

Una broma de Urania

Por primera vez la Academia de Ciencias Morales y Políticas ha abierto sus puertas a un socialista, y no a uno cualquiera, sino a uno que repetidas veces se ha calificado como "marxista" y aún como "marxista impenitente". Ya se habrá entendido que aludo al profesor Julián Besteiro. Trance agrídulce el franqueo de esas puertas para un marxista y también para una Academia tan antimarxista. Tratárase de otra Academia, puramente literaria o artística o puramente científica y el hecho no extrañaría tanto, porque un marxista puede ser un eminente hombre de letras o de ciencia o un gran artista, ante cuyo talento hasta instituciones tan anacrónicas como las Academias oficiales se vean obligadas a rendirse y a llamarle a sus solemnes areópagos, si bien el caso ha sido hasta ahora rarísimo: apenas recuerdo en este momento otro que el de Anatole France en Francia, y su marxismo no fué precisamente un modelo de ortodoxia. Si no stoy desmemoriado, creo que

el profesor Andrés Ovejero ingresó en nuestra Academia de Bellas Artes perteneciendo también al Partido Socialista; ya no pertenece. Pero que una Academia tan refractaria al marxismo como la de Ciencia Morales y Políticas invite a un marxista a colaborar en sus estudios es, por lo menos, sorprendente. ¿Tanto ha cambiado el mundo, incluso sus porciones más anquilosadas, las Academias, o es que hay marxistas y marxistas? Dejemos por ahora la cuestión en suspenso.

La musa de la ciencia, Urania, celosa sin duda de que los hombres pretendan reducir a leyes las acciones humanas y los movimientos de las sociedades y los Estados, equiparándolos a las revoluciones siderales, que ella preside, le reservaba al profesor Besteiro una atroz ironía, suponiendo que sea esa musa y no otra, menos grave, la que le ha conducido bajo su palio al *sancta-sanctorum* académico. Es costumbre de las Academias que el novicio o catecúmeno entone un diti-rambo a la memoria del académico fallecido,

cuyo vacío y glorioso sitial viene a ocupar el recipiendario. La costumbre no puede ser más cruel, porque si el muerto fué un débil mental, que sólo dijo o escribió ineptias, cosa nada infrecuente entre académicos, la situación del sucesor, teniendo que enaltecerle, ha de ser terriblemente embarazosa, a menos que se trate de un cínico o de un imbécil semejante al difunto. En este aspecto, como en muchos otros, la organización de las Academias es defectuosa en extremo. Me permito sugerir una innovación: que el nuevo académico sea elegido en cualquier momento por sus méritos, haya o no vacante, y que él, a su vez, elija para ingresar, "su" muerto, el más afín a sus gustos o a su ideología, para que pueda elogiarle sin retorcimientos de conciencia y sin rubores en el rostro. Ahí queda la iniciativa.

Por la Academia de Ciencia Morales y Políticas han pasado algunos hombres cuyas ideas no podemos aceptar, pero cuya mentalidad merecía, por lo menos, algún respeto por su vigor o por representar dignamente la cultura de su tiempo. A ella pertenecieron Azcárate, Ureña, Buylla y otros demócratas y liberales distinguidos. De la escuela conservadora tuvo a hombres como Cánovas, cuyas ideas nos parecerán todo lo abominables que queramos, pero que no fué un cualquiera. Después de él no hubo en la monarquía nadie que fuera capaz de escribir una reseña de las ideas filosóficas del siglo XIX como la que hace precisamente en su discurso de entrada en esa Academia, en el año de 1881. Buen tema hubiera sido ese discurso y los del Ateneo y algunos parlamentarios, como el que pronunció en el debate sobre la Internacional, para un marxista de aquella época que, soslayando la obligación de ensalzarle, hubiera querido polemizar con muerto tan retador. ¿No quedan ya hombres de esa estirpe en la Academia? Si los hay, no seré yo quien los miente, para que no se diga que los señalo a las parcas.

Desde luego, hay que reconocer que Besteiro ha tenido poca suerte con su antecesor. Al ofrecerle el sillón de Bugallal, las parcas y Urania le han gastado una broma de mal gusto. No sabemos si los elogios al extinto—a su "espíritu extremadamente cuidadoso del detalle y provisto de un gran caudal de erudición" y las amables alusiones a "su matiz psicológico"—están o no justificados, ni nos importa; pero no se puede olvidar que Bugallal pertenecía a aquel partido conservador que en 1917 mandó a Besteiro a presidio, después de vilipendiarle, y estuvo a punto de mandarle al

muro de los fusilamientos. Poco más tarde, el año de 1919 ó 1920, siendo Besteiro diputado, le detuvieron en un pueblecito de la provincia de Jaén y le encerraron en un retrete, convertido en prisión. ¿No era entonces ministro de la Gobernación Bugallal? Lo fué, por lo menos, al año siguiente, en 1921, cuando ingresó en la Academia con un discurso sobre "La inviolabilidad parlamentaria". Entonces debió parecerle a Besteiro tal discurso un sarcasmo. Pero en 1935 los geniecillos irónicos de la Historia le reservaban el ingrato papel de tener que encomiarlo. Como se ve, la corvea de un marxista metido a académico no es tan fácil.

Marxismo o fabianismo

¿Qué justifica tales sacrificios, aparte "la abrumadora honra de ser llamado a ocupar un puesto a vuestro lado"? Sólo una explicación suficiente encontramos en el dilatado discurso: la teoría de la impregnación, según la cual "las tendencias opuestas al progreso del socialismo se han ido impregnando de la misma doctrina que combatían" (pág. 16) (1). Esta idea se repite en otros pasajes. El propósito está, pues, claro: Besteiro ha querido "impregnar" de marxismo a sus compañeros de Academia. La táctica, ciertamente, no es marxista, sino fabiana. Sólo que los fabianos ingleses, que nunca fueron marxistas, y no se recataron en proclamarlo, empleaban otro verbo: *permeate*, infiltrar; pero la idea era la misma. Había que calar de flúido socialista todas las instituciones sociales y políticas. El vehículo del flúido eran los propios fabianos, que tomaron su nombre de Fabio Cunctator, el contemporizador u oportunista, y que se deslizaban en todas partes donde podían: en el Parlamento, en los periódicos, hasta en los partidos burgueses. Así se infiltraría el socialismo hasta el tuétano de la sociedad y el Estado, y un buen día todo el mundo, sin darse cuenta, se despertaría siendo socialista, con lo que la desaparición de la propiedad privada se operaría sin ninguna violencia, por arte mágico, automáticamente.

Esta bella utopía está hoy en franca decadencia, abandonada, más o menos paladinamente, hasta por sus propios progenitores. Uno de ellos es el dramaturgo Bernard Shaw, cuya polémica con Wells (2), también impregna-

(1) Academia de Ciencias Morales y Políticas: Marxismo y Antimarxismo. Discurso leído por don Julián Besteiro en el acto de su recepción, Madrid, 1935.

(2) Véase LEVIATAN, número de febrero.